

DIALOGO TRAS LAS ELECCIONES

En El Salvador las dos noticias políticas más importantes de 1984 fueron la elección presidencial que llevó a la cabeza del ejecutivo a Duarte y el inicio del diálogo entre el nuevo gobierno y el FMLN-FDR. La efectividad de ambos hechos ha quedado en suspenso por las nuevas elecciones a diputados y alcaldes que se van a tener el próximo 31 de marzo. Durante dos meses los partidos se han dedicado a promover sus intereses en una campaña electoral que ha paralizado casi por completo cualquier actividad seria tanto en la asamblea legislativa, que en El Salvador no queda disuelta con el anuncio de las elecciones, como incluso en las alcaldías y aun en lo que toca al poder ejecutivo. Sólo la guerra, que no es cuestión de elecciones y sobre la que apenas tienen incidencia los partidos políticos y el gobierno, ha seguido su curso, cada vez con mayor intensidad, de mostrando así cómo el problema hoy fundamental en El Salvador no es cuestión de votos ni de elecciones.

Pasado el maremagnum de las elecciones volverán a cobrar relieve la función presidencial y también el desafío del diálogo. La campaña política ha dejado muy en segundo término el problema del diálogo. Los partidos casi han huido a la hora de definir públicamente cuál es su posición ante él. Se ha dejado ver que el partido demócrata cristiano está a favor de él e incluso algunos de sus personeros más importantes han reafirmado que lo reemprenderán, una vez terminadas las elecciones; pero no lo han convertido en punto esencial de su programa, temerosos tal vez de abrir con ello flancos a sus adversarios. También se ha dejado ver que ARENA, el partido que agrupa a la extrema derecha económica y política, está en contra del diálogo, pero tampoco sus dirigentes se han atrevido a hacer de él un punto crucial por miedo de perder votos; cuando termine la campaña ARENA atacará todo lo que favorezca el diálogo, mientras que el PDC buscará reemprenderlo como parte importante de su proyecto político.

Pocos son los que no ven como necesario el diálogo entre la guerrilla y el gobierno, por más que muchos lo vean como muy difícil y algunos como peligroso. La necesidad se desprende de que tras cinco años de creciente guerra civil no sólo se verifican los tremendos daños que ese proceso destructor está causando sino que no se ve a corto plazo un fin de ella por la vía puramente militar, a no ser mediante una aniquilación de tal envergadura que haría inviable económica y socialmente a un país que casi duplicará su población de 4,500,000 ha-



bitantes en los próximos quince años. La dificultad objetiva está en que las posiciones de ambas partes en conflicto están tan distanciadas y tan sometidas a intereses nacionales e internacionales contrapuestos que un arreglo negociado es necesariamente complejo y largo. La peligrosidad la ven algunos en que ese proceso negociador daría un enorme poder político a la izquierda extremista poniendo así a El Salvador en una línea no satisfactoria ni para la derecha salvadoreña ni para los intereses norteamericanos; otros ven la peligrosidad en que el proceso negociador obligaría a la guerrilla revolucionaria a abandonar ciertas pretensiones maximalistas que han venido sosteniendo como sustanciales en todos estos años.

Pero si el diálogo es necesario, su dificultad y peligrosidad no deben ser argumentos para impedirlo ni para frenarlo. Principios abstractos o, al menos, generales, como el de que con los comunistas no se puede dialogar, no son de mucha aplicación, primero porque en sí mismo es un principio sin forzosidad, segundo porque no es seguido ni siquiera por la administración Reagan, tercero y principal porque no se trata así sin más de comunistas. La dificultad y la peligrosidad deben ser contrastadas con la necesidad objetiva que hay de emprenderlo y por la voluntad mayoritaria del pueblo salvadoreño que así lo quiere. Porque, ¿quiénes son los que están a favor del diálogo y quiénes son los que están en contra?

La extrema derecha piensa y afirma que son pocos los que están a favor de él y débiles las fuerzas sociales que lo promueven. La verdad comprobada es que absolutamente en contra sólo está la extrema derecha económica, política y militar, que sí como fuerza social es poderosa en El Salvador, como fuerza con representación popular no lo es tanto. Incluso no puede decirse que todos los votos que van a ARENA y PAISA son votos contra el diálogo, aunque tampoco pueda decirse que todos los votos que van al PDC y PCN son votos a favor de él. Las encuestas dan que la opinión mayoritaria es a favor del diálogo. La explicación está en que el diálogo no se ha presentado como elemento determinante en las últimas elecciones. Esta extrema derecha lo que busca es un triunfo militar sobre la guerrilla, consciente de que en ella está su enemigo principal y de que ese triunfo militar supondría poder seguir contando con un ejército no sometido del todo al poder civil y de fácil manejo por ella.





Las demás fuerzas, en distinto grado y por distintos motivos, están a favor de alguna forma de diálogo directo que acorte al menos y disminuya los males de la guerra y eventualmente conduzca a una reconciliación nacional en la que los intereses contrapuestos alcancen un equilibrio dinámico, cuyo ulterior desarrollo permita avances en lo que pudiera llamarse una política popular prolongada que dejara de lado distintas formas de guerra popular prolongada. Entre los partidos políticos el PDC es el partido mayoritario que relativamente ve con más claridad la necesidad del diálogo emprendido por Duarte con bastante audacia y tal vez un tanto prematuramente. Está también a favor de él la UPD que aglutina sindicalistas, campesinos y cooperativistas en número de 270,000; este grupo desde hace meses y con bastante insistencia urge al gobierno que avance en el diálogo. Asimismo la iglesia se ha alineado oficialmente en la promoción del diálogo, en lo que se siente apoyada por Juan Pablo II. Desde luego el FMLN-FDR también busca un diálogo que lleve efectivamente a negociaciones. Fuera del país, tanto el grupo de Contadora, como muchas naciones democráticas -entre ellas España- y, lo que es más, el propio Congreso de Estados Unidos que acaba de presupuestar 378 millones de dólares de ayuda a El Salvador con la condición de que se prosiga el diálogo con el FMLN-FDR, están también a favor del diálogo, como lo están asimismo Cuba y Nicaragua.

Hay, pues, un fuerte y generalizado respaldo al diálogo, del que absolutamente contrario sólo es la extrema derecha salvadoreña, que demuestra así una vez más como se sitúa al margen de la razón y de los grandes intereses generales. Donde ya no se da la misma coincidencia es a la hora de definir la naturaleza y los objetivos del mismo. Las dos partes en conflicto ya han mostrado en las reuniones tenidas en La Palma (15 de octubre) y Ayagualo (30 de noviembre) lo que son sus posiciones de arranque. El gobierno de Duarte ofrece a la guerrilla que deponga las armas asegurándoles que por una amnistía general y un control mayor de los escuadrones de la muerte y de los abusos de autoridad podrían disputar electoralmente el poder del estado. El FMLN-FDR considera que sólo si participa en el poder del estado y especialmente en el poder militar mediante la constitución de un solo ejército a partir de los dos que hoy se enfrentan militarmente, puede someterse al veredicto de las urnas, una vez que se den condiciones para elecciones verdaderamente democráticas. Las dos propuestas pretenderían acabar con la guerra por caminos políticos



-punto fundamental de coincidencia- pero esos caminos son muy distintos y en su conjunto inconciliables de momento.

Con todo, al haber hecho su propuesta el FMLN-FDR en fases, esto es, en secuencias temporales, la posibilidad de avance en el diálogo no es pequeña. Sólo para la segunda y tercera fase exigen participación en el poder y reestructuración de la fuerza armada. Para la primera fase proponen una serie de medidas que son buenas para todos, esto es, para las dos partes en conflicto y especialmente para el pueblo salvadoreño que ya está muy cansado de la guerra y de la violencia. Esas medidas van dirigidas, en primer lugar a la humanización de la guerra y también a impedir la carrera armamentista que se está dando de lado y lado y cuya detención es urgente para que el conflicto no se haga cada vez más destructor; van dirigidas, en segundo lugar, a una mejoría definitiva en el respeto de los derechos humanos en un país cuyos muertos políticos en el campo que está bajo la responsabilidad del gobierno fueron no menos de 2,233 civiles no combatientes; van dirigidas, en tercer lugar, a consolidar una apertura política, consecuencia en parte de una mejora fundamental en el respeto a los derechos humanos, que quitaría el fundamento del recurso a las armas; finalmente, esas medidas irían dirigidas a terminar con el sabotaje económico, que, a pesar de su carácter militar, causa graves problemas a la mayor parte de la población.

Miradas las cosas desde esta perspectiva hay posibilidades reales para el diálogo. Ante todo, se necesita que el proceso dialogante, lejos de romperse, se vigore, para lo cual se requiere que se dejen de lado intereses inmediatistas, sobre todo propagandísticos, para atender a los intereses mayores de largo alcance; no es ésta una carrera para velocistas sino para corredores de fondo. Pero también se requiere que se consigan algunos resultados que mantengan la fe del pueblo en el diálogo, pues de lo contrario los enemigos de que prospere tendrán armas fáciles para destruirlo. La responsabilidad es grande para las dos partes en conflicto. La parte gubernamental tiene la dificultad de que su capacidad de maniobra está limitada por la presión norteamericana y también por la presión de la extrema derecha que puede presentarse de las formas más radicales, no excluidas las más violentas; la parte revolucionaria tiene la dificultad de que sus propias bases no quieran apartarse demasiado de





una trayectoria que hasta ahora han considerado como indeclinable. Pero ambas partes han de tener en cuenta que ya llevamos cinco años de guerra y de desolación con más de cincuenta mil asesinados civiles y más de quince mil bajas militares, con cientos de miles de desplazados y con enorme destrucción de la infraestructura económica, sin la cual no es posible dar trabajo a una población que crece galopantemente.

El diálogo no traerá de inmediato el final de la guerra ni la solución del país, pero es, sin embargo, un instrumento apto para avanzar en busca de la paz. Esa es su ambigüedad que sólo se irá aclarando en un proceso que exige gran visión.

